

ble; en vez de esa indiferencia cien mil veces mas corruptora que las mismas malas costumbres, veríamos despertarse del marasmo intelectual en que vegeta hace mas de siglo y medio nuestra juventud, por naturaleza tan viva, tan amable, tan despejada de entendimiento y de noble corazon, para dar á la Iglesia y á la patria hombres tan grandes como en tiempos mas afortunados. ¡Cuán cierto es que lejos de Jesucristo todo se extingue y eclipsa, y que nada vuelve á florecer si no es con su divino contacto!

La experiencia se encarga de manifestarnos la trascendental influencia que ejerce la Sagrada Comunion sobre la vida de la juventud, demostrando claramente que no hay vicios que no extirpe, ni resurreccion que no realice.

Así, pues, jóvenes, ya seais puros, ó ya por desgracia hayais caido en pecado, acercaos á la Comunion, que es la única que os mantendrá en el orden, ó bien os restablecerá en él. Creedme, nada hay mas fácil que conservarse puro y casto comulgando con frecuencia. Lo que no podéis sin Jesus, lo lograreis fácilmente con El. Pensad en el porvenir: para llegar á ser un dia hombres honrados, es necesario que hayais vivido digna y santamente los años de vuestra

adolescencia; y ademas, repito que, para que vuestra honra esté libre de toda mancha, y á salvo de todo peligro, no hay otro medio que acudir frecuentemente á la Sagrada Comunion.

LA FRECUENCIA DE LA COMUNION

EN LOS SEMINARIOS

Si hay en el mundo algun lugar en el que deba comulgarse muy á menudo, este es sin duda alguna en los seminarios, en donde vienen a cobijarse bajo la sombra de los altares aquellos jóvenes elegidos que el Salvador en su infinito amor, en su inmensa bondad y en su ternura

tiene predestinados á participar de su divino Sacerdocio.

Permítase en muchos seminarios á los jóvenes clérigos que sigan libremente sus santas inclinaciones y como el instinto de gracia que les lleva á comulgar á menudo. Y por cierto que no puede ser otra cosa, porque la vocacion al amor de Jesucristo llama necesariamente á la Comunión, que es el sacramento de su amor. La primera y principal regla de todo seminario es y debe ser la Comunión frecuente y normalizada, porque sin ella no pueden fortalecerse ni mucho ménos desarrollarse las vocaciones.

La vocacion eclesiástica es el conjunto de aquellas cualidades, inclinaciones y gustos que hacen que un joven se halle dispuesto á ser un dia un buen sacerdote; todas estas cualidades y aptitudes emanan de Dios, y hé aquí por qué en este sentido es una eleccion divina la vocacion al sacerdocio. Con las vocaciones pasa lo mismo que con las plantas: así como para que la semilla de una planta cualquiera, la del lirio, por ejemplo, pueda crecer, desarrollarse, extender sus hojas y mostrar ufana sus bellas flores, son necesarias ciertas condiciones, sin las cuales nada se alcanzaria; como son: tierra á propósito

to, cierta medida ó cantidad de sal, de calor y de riego, lo mismo que otra infinidad de asfduos desvelos para preservarle de cualquier accidente que pudiese romper su tallo; así tambien en la vocacion al sacerdocio son necesarias é indispensables, para que se desarrolle y produzca los frutos apetecidos, una porcion de atenciones y de constantes cuidados, una sábia direccion y una atmósfera de santidad, sin cuyos requisitos no pueden ménos de perderse.

El seminario es la tierra escogida donde la Iglesia trasplanta á aquellos de sus hijos que quieren un dia llegar á ser sus ministros; la Sagrada Comunión, acompañada de la oracion, es al propio tiempo el calor que vivifica y el rocío celestial que alimenta estas queridas plantas de Jesucristo.

No concibo un Seminario sin la frecuencia de a Comunión; y lo mismo digo respecto de un Inoviciado ó de cualquiera otra comunidad religiosa. Dificilmente será un buen sacerdote aquel joven clérigo que no tuviere inclinacion alguna hácia la Sagrada Eucaristía, acreditándose de ser no jardinero muy poco hábil y entendido aquel director que no comprendiese la gran importancia y la indispensable necesidad del di-

vino Sacramento para los discípulos del Santuario.

Siempre se ha distinguido el seminario de S. Salpicio de entre todos los demás por su especial amor hacia la Sagrada Comunión. Durante los cinco años que afortunadamente he vivido en él en París, no ha trascurrido un día siquiera sin que se hayan acercado á la sagrada Mesa cierto número de jóvenes; y todos los juéves y domingos era casi general la Comunión, siendo además muy grande el número que lo hacían diariamente, ó á lo ménos cada dos días.

Todo cuanto se relaciona con tan divino Sacramento, lo mismo hace referencia á los pequeños seminarios que á los grandes, mayormente pasando en aquellos los primeros años, de los doce á los veinte, en que sobrevienen las primeras crisis de la pubertad, en que se pierde ó se conserva la inocencia, en que se forman ó adquieren las buenas ó malas costumbres, y en que finalmente el niño llega á ser hombre. Por consiguiente, solamente Jesus, por medio de la Sagrada Comunión, debe presidir estos años de transición tan decisivos é importantes, poner á salvo á sus hijos, al propio tiempo que impedir naufrague en la tormenta el buque. Hablo por experiencia. Idéntica es la necesidad en el

unio que en el otro: en el primero, preserva y guarda; en el segundo perfecciona. ¿Cómo, pues, se perfeccionaría un día, lo que al principio no se ha preservado?

No ignoro los brillantes resultados y ópimos frutos que tan santa máxima está produciendo en uno de los pequeños seminarios de Francia. Pocos son los niños aun de entre los mas jóvenes que no se acerquen á lo ménos una vez por semana á recibir la sagrada Eucaristía, no dejando de haber otros mas piadosos que lo hacen con mayor frecuencia: y no olvidándose tampoco que en las clases superiores está en todo su vigor el acescarse dos, tres y hasta cuatro veces por semana y algunos otros diariamente. Consecuencia natural de esto: ¡qué buena y cordial piedad, qué espíritu católico, qué regularidad y qué pureza de costumbres en aquella casa de bendición! Al entrar aquellos jóvenes clérigos mas tarde en el gran Seminario, son ya almas místicas admirablemente preparadas para los santos años que les esperan.

¡Ojalá se digne Dios, atendidas las necesidades de la Iglesia, prepararle y concederle de este modo verdaderos sacerdotes, educados y dispuestos conforme á las máximas católicas, llenos de espíritu puro del Evangelio y de la Iglesia, y fortificados con aquel amor tierno, confiado y

práctico hácia Jesucristo, para que así puedan llenar debidamente su santa misión aquí en la tierra, y por medio de su buen ejemplo y santos consejos procurar reinen en todas las almas tan sagradas máximas!

LA FRECUENTE COMUNION

PARA LOS AFLIGIDOS Y ENFERMOS.

Siempre y en todas circunstancias tenemos necesidad de acudir á Jesucristo, pero esta sube de punto cuando nos encontramos acosados por las penas y los sufrimientos, ó bien cuando nuestra alma se halla apesadumbrada.

El divino consolador de todos nuestros males, desde el fondo de su tabernáculo, nos llama y dice; "Acudid á mí vosotros todos los que sufris y estais abatidos; que yo os consolaré." Solo él puede secar nuestras lágrimas, ó á lo ménos debe endulzarlas: Él solo puede devolver á nuestro afligido corazón, hecho pedazos por los sufrimientos y pesares, aquella paz,

aquella esperanza, aquella alegría íntima, tan sobrenatural, que solamente es conocida por los cristianos y que tan maravillosamente se hermana con las lágrimas. Puede muy bien un cristiano hallarse rodeado de las mayores angustias, encontrarse postrado por el dolor; pero jamás puede ser desgraciado. "Lloro decía un día con la mayor tranquilidad una madre que acababa de perder á su hija única; lloro, si, pero á pesar de todo estoy contenta." Aquí se ha de advertir que esta buena muger comulgaba diariamente.

Encontramos en Jesucristo la eternidad, y también el cielo: con Él nos juntamos, cuando es para nosotros demasiado largo este destierro, y nos es pesada la vida. Acudamos, pues, á recibir con frecuencia la sagrada Comunión, que nos hace olvidar de la tierra y de sus pruebas, de sus tribulaciones, de sus luchas é injusticias, y Jesucristo se encargará de enseñarnos á sufrir con la mas santa resignacion, y compadeciéndose de nuestras amarguras, se dignará concedernos en cambio su paz y su divina gracia.

Acudamos igualmente á Jesucristo; siempre y cuando nos hallemos enfermos, porque además de ser el mejor médico, es indudable que su vista, al mismo tiempo que dará consuelo y

alivio al cuerpo, llevará la alegría á nuestro corazón. Para cumplir como buen cristiano, debería todo el que estuviese enfermo comulgar á lo ménos una vez por semana, y esto habia de ser desde el principio de la enfermedad; de aquí que antes debería llamarse al médico de la alma que al del cuerpo, porque lo primero y principal es la salvacion del alma, no acordándonos del poco tiempo que nos toca estar en este mundo, sino pensando en la eternidad que nos espera. Esta es la costumbre establecida en Roma. Todas estas Comuniones, si habeis de recobrar la salud, harán que aquellos dias de padecimientos, sean dias de santificacion que influirán para lo venidero: mas si ha sonado la hora de la muerte, prepararán para recibir dignamente la Extremauncion y dispondrán el alma para presentarse ante el supremo tribunal de Dios, completamente purificada por su amor.

Y vosotros, padres, no olvidéis lo que acabo de indicar si teneis la desgracia de que caiga enfermo alguno de vuestros hijos; porque la Iglesia nuestra Madre nos dice muy terminantemente que no solo pueden sino que deben comulgar desde que han alcanzado el uso de razon, y añade además el Papa Benedicto XIV, que basta que el niño "pueda hacer la debida distincion

entre aquel celestial manjar y otro cualquiera vulgar alimento." ¡Cuán santamente comulgan los niños enfermos! Obra en ellos con una fuerza admirable la gracia del Bautismo, preparándoles, mejor que todos nuestros esfuerzos, para recibir dignamente tan divino Sacramento.

CONCLUSION.

¿Cuál es para tí, mi querido lector, la conclusión práctica de este opúsculo? Será que de aquí en adelante te acerques diariamente á recibir el sagrado Pan de los Angeles? El dar indistintamente á todos un consejo de este genero, seria una de las mayores imprudencias; y por esto me limito solamente á aconsejarte en union de nuestra Madre la Iglesia que comulgues todos los dias si es que vives y quieres vivir totalmente consagrado á Dios.

Mi deseo únicamente ha sido demostrarte, con la mayor claridad que me ha sido posible, su objeto y su uso: procurar infundirte el deseo de hacerlo con la mayor frecuencia posible, y si es diariamente, mejor; impedirte que entibies en lo mas mínimo á aquellos que lo practican santamente, y por último convencerte de que, lejos de tenerle miedo, debemos todos sin dis-

tincion acercarnos á menudo para satisfacer así cada dia mas los deseos de la Iglesia que diariamente nos lo presenta.

Comulgad, repito, muy á menudo, y en el círculo de vuestras relaciones, ya sea este grande, ya reducido, procurad con verdadero celo imbuir tan sagrada máxima, que este es el deseo de nuestro divino Redentor. No hagais caso de los que te contradigan: practica solamente la fe, y sigue con paso firme y seguro por la senda que te han trazado los Santos. "Comulga á menudo decia el gran S. Francisco de Sales, tan á menudo como te sea posible con el consentimiento de tu director espiritual: y ten muy presente que así como en invierno las liebres se vuelven blancas en nuestras montañas, por la sencilla razon de que no ven ni comen otra cosa que nieve, así tambien á fuerza de adorar y recibir este divino Sacramento, la belleza, la suprema bondad y la pureza misma en su esencia, llegarás á ser tú completante bueno y puro.

SANCTE AG FRECUENTER.

(Ritual romano)

INDICE.

	PÁGINAS.
Introduccion.....	5
Verdadera idea de la sagrada Comunion.	8
I Para comulgar á menudo es necesario ser mas santo de lo que soy,.....	15
II. No soy digno de acercarme á Dios...	19
III. Cuando se comulga á menudo, este acto tan grande y trascendental llega á hacerse por rutina, y no causa ya ninguna impresion.....	22
IV. Tomo familiarizarme con las cosas sagradas	24
V. No me atrevo á comulgar sin confesarme, y no puedo confesarme á cada momento.....	26
VI. No se puede comulgar sin preparacion, y no tengo tiempo para prepararme del modo debido.....	29
VII. Mas al comulgar mi corazon se queda frio é insensible; estoy distraido y no siento el menor fervor, la menor devocion.....	34

VIII. ¿Cómo he de atreverme á comulgar con frecuencia, si siempre vuelvo á caer en las mismas faltas.....?	38
IX. Comulgando á menudo, temo escandalizar á las personas que me conocen.....	43
X. Comulgando á menudo, disgustaría á mi familia.....	46
XI. Conozco muchas personas piadosas que comulgan muy rara vez.....	50
XII. Mis deseos serian comulgar á menudo; pero mi confesor no me lo permite.....	52
XIII. No está en uso en nuestro pais comulgar á menudo.....	61
XIV. Ya hay bastante con comulgar en las grandes fiestas ó todo lo mas una vez al mes.....	63
XV. En resúmen, todo esto está llevado hasta la exageracion, y ademas es casi imposible ponerlo en práctica..	67
La frecuente Comunión para los niños...	71
La frecuente Comunión para los jóvenes.	78
La frecuente Comunión en los Seminarios.	83
La frecuente Comunión para los enfermos y enfermos.....	88
Conclusion	93

CATECISMO

SOBRE

EL PROTESTANTISMO

PARA USO DEL PUEBLO,

POR EL

Padre Juan Perronne,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

—o—

Traducido del italiano de la segunda edicion romana y vigésima primera de la obra por T. B.

Segunda edicion mexicana,

Hæc scripsi vobis de his qui seducunt vos
I. Ioán. II, 26.

Con licencia del ordinario.

MÉXICO.

Imp. de la "Voz de México," Escalerillas núm. 21.

1874.